

MIGUEL ÁNGEL ÁLVAREZ

*Yo, Franco*



UN ESPERPENTO HILARANTE  
SOBRE LA FORJA DEL DICTADOR



Yo, Franco

Miguel Ángel Álvarez

# Yo, Franco

COLECCIÓN  
LITERADURA



Primera edición: febrero de 2022

© Miguel Ángel Álvarez, 2022

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2022  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-124545-5-0  
Dep. Legal: M-2595-2022

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Sin rumbo*, © Editorial Funambulista, 2022

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Yo, Franco

*«...más allá de cualquier posible descripción. Sería un error ponerlo simplemente a la altura de Alejandro Magno, Julio César, Gonzalo de Córdoba o Ambrosio de Spínola. Francisco Franco, la espada más grande de todos ellos, pertenece a la vanguardia del destino providencial. Es el enviado de Dios, que siempre aparece en el momento decisivo y derrota a sus enemigos proclamándose a sí mismo vencedor sobre las fuerzas del cielo y de la tierra...»*

*Arriba*

## El Ferrol

EN UN LUGAR DE GALICIA de cuyo nombre nadie podría olvidarse, El Ferrol, ha mucho tiempo que nació, el 4 de diciembre de 1892, un hombre de los de corazón valeroso, brazo recio, muda diaria y costumbres cristianas, Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco y Bahamonde Salgado Pardo de Andrade, leyenda de la Historia, enviado por la Providencia a combatir la corrupción, inmoralidad, herejía y demás frutos del liberalismo que a finales de ese siglo convulso amenazaban con destruir España, en cuya defensa realizaría proezas de armas que despertarían el asombro del mundo entero y que pondrían en sus manos el destino de la patria, pues ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo, la soberanía reposará sobre sus hombros, Isaías, 9:6.

Para mejor cumplir su sino Francisco, nacido para mandar, vino al mundo en una familia cuyos ascendientes por parte de madre y padre, hasta donde alcanzaban a recordar los pergaminos,

pertenecían todos a la invencible Armada Española, a la que el mundo debe, entre otros hechos ilustres, el descubrimiento de América, la primera vuelta al mundo y la derrota del infiel en Lepanto. Así que, en cuanto supo que había nacido varón, el padre, don Nicolás, se dispuso a averiguar si tenía lo que se necesitaba para continuar la tradición familiar, para lo cual se personó en el paritorio, donde apartó a la comadrona de una patada y arrancó del pecho de la madre, doña María del Pilar, al recién nacido, cuyos atributos viriles lo impresionaron tanto que no le cupo duda de que había nacido para ejercer la carrera de armas, pues cada uno ha recibido un don especial, Pedro, 4:10.

La noticia de su virilidad corrió como la pólvora por la vecindad, dando lugar a todo tipo de augurios sobre el futuro de Francisco, fuego redentor, entre las buenas gentes de El Ferrol. En la plaza de abastos las verduleras decían que sería un Hércules capaz de derrotar regimientos con la sola fuerza de su brazo, en la tertulia del Café Real los poetas pronosticaban que sería un Aquiles inmune a la pólvora enemiga, en el Círculo Patriótico los burgueses decían que sería un héroe destinado a reverdecer los laureles del Imperio con sus hazañas, en el Arsenal los guardiamarinas decían que sería el vengador de la Grande y Felicísima Armada, más conocida como la Invencible, e igualaban su nombre al de Cristóbal Colón, Fernando de Magallanes y Blas de Lezo; en la catedral de San Julián los clérigos anunciaban que sería un soldado de Dios que aniquilaría a los enemigos de la Iglesia con el trueno de su voz y en el prostíbulo de la Francesa las fulanas decían que sería un Sansón de más de tres metros de alto, con pecho de bronce y melena de oro, de fuerza inigualable, dedicado a la guerra por el día y al amor por la noche.

Sin embargo, cuando Francisco, martillo de herejes, cambió el pantalón corto por el uniforme azul marino de la academia privada

del licenciado Antonio Suanzes, donde los hijos de los oficiales se preparaban para entrar en la Armada, y en lugar de bigotes de general lo que le salieron fueron entradas—heraldos de una humillante alopecia prematura—; y en lugar de adquirir el tono grave de mando de un rey, un emperador, un conquistador, su voz siguió siendo un silbido nasal y agudo, incompatible con el respeto, de un ordenanza, de un funcionario, de un portero; y en lugar de la figura varonil, regia y digna del mármol de un Julio César, un Escipión, un Atila, su físico se reveló del tipo enclenque, incapaz de salir airoso de una pelea a puñetazo limpio, de un Bufón, un Polichinela, un Arlequín; y en lugar de pasar las tardes corriendo detrás de las faldas como hacía el resto de su quinta, siguió coqueteando con las musas, rellenando su cuaderno escolar con versos de inspiración romántica y pintando marinas del Cantábrico a través de la ventana de su habitación, entonces la decepción se apoderó de las buenas gentes de El Ferrol, quienes poco a poco se olvidaron de todas las profecías asociadas a su nombre, que en las conversaciones vecinales devino en el diminutivo Paquito, que si conservaba algo del viejo afecto era para mejor enmascarar el desprecio, pues tienden a olvidar cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos, Romanos 11:33.

Como se comprenderá, la diferencia entre lo que prometía y en lo que se iba quedando a nadie causó más dolor que a su progenitor, don Nicolás, quien, como oficial de la Armada, en los últimos años había sido testigo de excepción del progresivo desmoronamiento de la patria, cuya verdadera dimensión se revelaba en las arcas de la Armada, en las cuales no había ni un real con el que sustituir los veleros bergantines con diez cañones por banda de los tiempos de Espronceda por modernos acorazados y destructores—ya no hablemos de submarinos, imprescindibles para la guerra

moderna— ni para ampliar las bases, aumentar la soldada, comprar uniformes, armas para la tropa o trompetas para la banda o dar el merecido y solemne entierro militar a los caídos por España, no había ni para celebrar la Virgen del Carmen como se merecía, por todo lo alto en el prostíbulo de la Francesa.

Los males venían de muy lejos, de muchos siglos atrás, de cuando a los Trastámara —muy noble linaje castellano—, se les antojó desposarse con los Habsburgo —muy corrupto linaje helvético—, y por esas bromas de la genealogía el destino de España acabó en manos de una dinastía extranjera, cuyo reinado diseminó los vicios propios de las razas continentales —liberalidad, inmoralidad, embriaguez—, por la patria, que empezó un lento e inexorable declive, que siglos después fue continuado por los Borbones —no menos corrupto linaje auvernés—, hasta tocar fondo en 1898, cuando se perdió la guerra con los Estados Unidos de América y hubo que rendir Cuba, cuya pérdida laceró el noble pecho del soldado español, quien ya no podía ejercer sus sagrados derechos de guerra —pillaje, violación y muerte—, pero más aún porque había acontecido a manos de un ejército carente de toda tradición militar, como el de los Estados Unidos de América, protestante para más inri, en cuyas manos a continuación cayeron Filipinas, Puerto Rico y Guam, sin los cuales el Imperio más grande de la Historia, en el que nunca se ponía el sol, se quedó sin sus últimas posesiones de ultramar, pues si no obedeces al Señor, guardando todos sus mandamientos y estatutos, vendrán sobre ti todas las maldiciones, Deuteronomio, 28:15.

Y el inmenso amor que don Nicolás había sentido por su hijo, en quien había visto al futuro vengador de la patria se transformó gradualmente en desprecio al comprobar cuánto se alejaba del ideal marcial. Alejado del padre, Paquito, centinela de Occidente,

buscó refugio en las faldas de su madre, doña María del Pilar, a quien acompañaba cogido de la mano a la misa de Gloria, al Ángelus, al Rosario, al Te Deum y a otras solemnidades religiosas que se celebraban en la catedral de San Julián, donde su presencia no tardó en llamar la atención del obispo Herrera Oria, quien, impresionado por su devoción, inmediatamente se dispuso a cumplir con su obligación cristiana y lo llamó a la sacristía, pues dejad que los niños vengan a mí, Lucas 18:16.

—¿Qué quieres ser de mayor? —le preguntó el obispo Herrera Oria, creyendo adivinar en él una prematura inclinación religiosa.

—Oficial de la Armada, como mis antepasados —respondió Paquito, mente esclarecida, quien, sintiendo los ojos duros del obispo Herrera Oria clavados en los suyos, consideró conveniente añadir—: Para defender la fe contra el infiel en el Mediterráneo y contra el protestante en el Atlántico.

Aunque no era la esperada, la respuesta relajó el rostro rollizo, de cejas pobladas y nariz ganchuda del obispo Herrera Oria, quien para premiar su fervor religioso con su mano regordeta, en uno de cuyos dedos se hundía en la carne el anillo obispal, sacó de un bolsillo de la sotana un bombón elaborado con el delicioso chocolate del monasterio de Santa Catalina de Montefaro, que se derritió lentamente en la boca de Paquito, elegido de Dios, quien en ese momento no tuvo duda de que el cielo existía y de que era la recompensa de quienes elegían servir humildemente a Dios y, alzando la vista hacia el retrato colgado en la pared de la sacristía de la Virgen María, madre de nuestro salvador Jesucristo, sin pecado concebido, juró que no descansaría hasta limpiar España de pecadores, pues el vencedor comerá del árbol de la vida que está en el Paraíso, Apocalipsis, 2:7.

Y así nació la amistad entre Paquito, garante de la decencia, y el obispo Herrera Oria, quien se convirtió en su tutor personal



y lo instruyó en materias tan dispares como religión, política, moral, historia, derecho, arte y ciencia; a quien en un temprano vislumbre del estadista que estaba destinado a ser, en su ansia por informarse sobre todas las cuestiones que afligían a la patria, un buen día preguntó quiénes eran y qué querían los comunistas, de quienes cada vez con más frecuencia informaba *El Debate*, que su padre, don Nicolás —que Dios todopoderoso lo haya perdonado y acogido en su seno—, leía por las tardes en el salón, antes de ir a olvidarse de los sinsabores de la vida conyugal en compañía de las furcias del prostíbulo de la Francesa.

—¡Que quiénes son y qué quieren los comunistas! —bramó golpeando la mesa de la sacristía el obispo Herrera Oria, a quien su mención encolerizaba tanto o más que la del diablo; en busca de sosiego el obispo abrió apresuradamente el sagrario, donde se encontraba el vino de misa, del que bebió generosamente hasta quitarse el mal sabor de boca que la palabra le había dejado en el paladar—. Los comunistas son impíos, pecadores, enemigos de España y de la Iglesia y lo que quieren es robarnos el chocolate. Pero no pasará, porque al que tiene se le dará más, pero al que no tiene aun lo que tiene se le quitará, Marcos 4:25.

Y gracias a la erudición del obispo Herrera Oria, el joven Paquito, coloso de Galicia, se formó una idea clara de quiénes eran y qué querían todas las fuerzas políticas y sociales citadas en las páginas de *El Debate* —anarquistas, burgueses, alfonsinos, socialistas, monárquicos, masones, regionalistas, republicanos, liberales, carlistas—; y gracias a su inigualable capacidad de observación y análisis, Paquito, síntesis de ciencias, se dio cuenta de que los únicos que no parecían afectados por la grave crisis que sufría la patria desde la pérdida de las colonias eran los curas, quienes tenían el estómago satisfecho, vestían sotanas de buen paño castellano y

calzaban hermosos botines de charol, mientras el pueblo se moría de hambre, vestía andrajos y caminaba descalzo, con lo cual en su mente infantil cristalizó la idea de que la Iglesia, cuyos cimientos se hundían en la historia hasta el día de la creación del mundo, era una institución mucho más poderosa que la monarquía, el Ejército, la banca, la universidad, la empresa o cualquier otra institución habida y por haber; y de que no existía ningún viento social, ningún terremoto ideológico, ningún accidente del progreso capaz de derribar sus muros, porque las revoluciones y las guerras se sucedían, los imperios aparecían y desaparecían, las fronteras se agrandaban o menguaban, las banderas cambiaban de colores, los escudos heráldicos cambiaban de lemas, las dinastías surgían y se extinguían, las sequías, inundaciones y hambrunas iban y venían dejando su huella en la historia, pero la Iglesia permanecía en su sitio, eterna, inamovible y todopoderosa, pues el templo de Dios es sagrado, Corintios, 3:17.

—¿Y qué quieres ser de mayor, hijo mío? —seguía preguntando de cuando en cuando el obispo Herrera Oria.

—Oficial de la Armada, como mis antepasados —seguía respondiendo Paquito, escudo de la moral, con la misma convicción del primer día—. Para defender la fe contra el infiel en el Mediterráneo y contra el protestante en el Atlántico.

—La fe es el arma más poderosa, no lo olvides nunca, hijo mío.

Y a continuación el obispo Herrera Oria abrió el sagrario, llenaba el cáliz de vino de misa y colocaba frente a su protegido un platillo de bombones de chocolate del monasterio de Santa Catalina de Montefaro, pues comamos y bebamos, que mañana moriremos, Isaías 22:12.

El obispo Herrera Oria lanzaba un eructo que hacía retumbar las paredes de la catedral de San Julián, después de lo cual explicaba

que no había estrategia militar, capitán de navío o mariscal de campo tan ducho en el arte de la guerra como para derrotar al enemigo si no contaba con el favor del Cielo; y para demostrar el poder de la fe el obispo Herrera Oria se remontaba al año 1571, a la batalla de Lepanto —la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, según palabras de don Miguel de Cervantes, testigo presencial, autor de *El Quijote* y máximo exponente del genio hispano—, cuando la Virgen del Rosario se presentó en el campo de batalla para dar la victoria a Juan de Austria contra el infiel; y de la batalla de Lepanto el obispo Herrera Oria saltaba a la del puente Milvio, donde en el año 312, cuando estaba a punto de claudicar ante Majencio, Constantino I vio una cruz en el cielo con la inscripción «en este signo, vencerás»; y a continuación el obispo Herrera Oria pasaba un trago de vino de misa y con la lengua fresca saltaba doce siglos de un plumazo, hasta el 1585, año de la batalla del monte Empel, en los Países Bajos, donde la Inmaculada Concepción congeló las aguas del río Mosa y permitió al Tercio Viejo de Zamora cargar contra el enemigo, obteniendo una de las victorias más gloriosas de la dilatada historia patria; y acto seguido la memoria del obispo Herrera Oria se extraviaba por la geografía de América —propiedad española por derecho de descubrimiento y conquista—, donde en el año 1495 la Virgen de las Mercedes apareció milagrosamente en el Santo Cerro para librar del ataque de miles de indígenas a los hombres de Cristóbal Colón —gloria de la navegación patria—, de quien algunos dicen que nació en Génova, ya sea por envidia o ignorancia; pero si algo excitaba al obispo Herrera Oria, era hablar de los sucesos ocurridos en el año 722 en la tierra de Asturias, la más querida del Cielo, por ser la elegida por su voluntad para iniciar la Reconquista, cuando trescientos leales cristianos liderados por Don Pelayo se

enfrentaron en Covadonga a las tropas de Al Qama, formadas por más de medio millón de hombres, que, a pesar de su superioridad numérica, no pudieron doblegar a los poderosos astures —de quienes obtiene la fuerza la raza española, así como de los extremeños obtiene el espíritu aventurero y de los andaluces el genio artístico, hasta formar el más armonioso conjunto de virtudes posibles—, cada uno de los cuales, de acuerdo con las crónicas, dio cuenta de mil infieles antes de rendir su vida —lo cual da una buena medida del valor de un cristiano en comparación con un hereje, o del valor de las enseñanzas de Jesús en comparación con las del profeta Mahoma—, y cuando Pelayo, último guerrero en pie, se vio solo frente a un mar de enemigos, dejó caer la espada teñida de sangre y recogió del suelo dos ramas de roble con las cuales hizo el símbolo de la cruz, que propició una lluvia de rayos que fulminó en el acto al ejército de Al Qama, pues cuando salgas a la batalla y veas un enemigo más numeroso que tú, no tengas miedo, porque el Señor está contigo, Deuteronomio, 20:1.

Y Paquito, luz de Trento, cada vez prestaba menos atención en la academia privada del licenciado Antonio Suanzes y cada vez confiaba más su instrucción a las lecciones del obispo Herrera Oria, cuyas coloridas historias suplantaban a las grises descripciones de la *Historia de la Marina Real Española* de José Ferrer de Couto, con lo cual en su cabeza principios como el de Arquímedes, del cual se servían los navíos de la Armada para surcar los siete mares, y conceptos como el de espacio de batalla y guerra dinámica, de los cuales se sirvió Blas de Lezo durante el asedio de Orán, eran sustituidos para siempre por guerra santa, órdenes militares, milagros, cruzadas, fuego sagrado, apariciones divinas y reconquistas, pues adquiere sabiduría, adquiere inteligencia, no olvides mis palabras ni te apartes de ellas, Proverbios, 4:5.

Y así, cuando llegó el momento de realizar el examen de ingreso en la Armada, en respuesta a la pregunta sobre balística y armamento de corto, medio y largo alcance, Paquito, alfa y omega, respondió que la única arma efectiva en todas las distancias era el rosario, porque sus proyectiles estaban guiados por la Providencia, que les confería la propiedad de llegar a todas partes, además de contar con la ventaja de ser inagotables; y en respuesta a la pregunta de principios básicos de estrategia militar, escribió que un general español debía poner su destino y el de sus hombres, de entre todas las figuras del santoral, en las manos de san Ignacio de Loyola, cuya experiencia en la Guerra de las Comunidades de Castilla lo cualificaba mejor que a cualquier otra para determinar la forma de proceder en función de las circunstancias, si congelando las aguas, con una lluvia de rayos y centellas o con cualquier otro accidente meteorológico que aniquilara al enemigo; y en respuesta a la pregunta sobre alianzas militares, respondió que un general español debía considerar en qué tipo de conflicto participaba antes de invocar la ayuda de un santo extranjero, como el húngaro san Martín de Tours o el italiano san Francisco de Asís, pues si bien estos siempre le asistirían en la guerra contra el infiel, el judío o el protestante, no se podía dar por segura su ayuda en caso de riña con otra nación católica, como con tanta frecuencia sucedía con la malvada Francia, debido a su insistencia en aprovechar cualquier debilidad nacional para apropiarse de la industriosa Cataluña, cuyo destino quedó ligado para toda la eternidad al de Castilla, a quien debe fidelidad y obediencia, desde el momento en que Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla se unieron en sagrado matrimonio, pues lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre, Mateo 19:4.

Y después de dar respuestas igual de sabias y juiciosas a todas las cuestiones relevantes para el desempeño de un oficial de la Armada Española, tácticas de guerra en alta mar, Derecho marítimo y disciplina de la tripulación, Paquito, brazo armado de Occidente, firmó el examen y se retiró muy satisfecho a su casa a esperar que le notificaran cuándo debía ingresar en la Escuela Naval Militar de El Ferrol.